

**Consuelo Galiano Santiago**



Consuelo Galiano Santiago.

Nació en Fuensanta de Martos en el mes de febrero de hace ya algunos años.

Fue una de las fundadoras de la Asociación Literaria “Café de Palabras”.

Desde su blog “Y nacimos casualmente”, participa semanalmente con el grupo literario internacional “Los jueveros”, donde da voz a sus escritos.

Ha colaborado con algunos de sus relatos en distintos proyectos colectivos.

## Fuera de juego

Los domingos y fiestas de guardar, paseaba de la mano de tío Raúl. Me contaron que era hermano de papa, pero papa había muerto y no me pudo decir.

Era tía Mati, una cuñada de mamá, la que hablaba y hablaba y decía cosas de él que yo no entendía. Vivía con ella, con tía Mati, porque mamá era artista y viajaba mucho. En uno de sus viajes cargó con alguna maleta de más y ya no regresó. Tía Mati se hizo cargo de mí y bien que me lo recordaba, sobre todo, en el cambio de las estaciones, que como ellas también cambiaba y la ropa me venía pequeña. Ante tantas quejas y reproches, yo cerraba los ojos, como queriendo desaparecer. Si no veo, no me ven, pensaba. Otras veces salía corriendo escalera arriba, hasta la buhardilla de la casa, una casa grande y luminosa, situada a las afueras de la ciudad, cerca del río. En el calor del verano, cuando los balcones se abrían para dejar paso a la brisa de la noche, se escuchaba el rumor de las aguas, un sonido que me adormecía y así acunada imaginaba juegos y amigos, amigos que no tenía. Solo tío Raúl decía serlo.

Cuando llegaba el domingo, mi tía me vestía como a una muñeca, con un vestido blanco de encajes en las mangas y unos festoncitos en el cuello. Me peinaba tensando mi pelo y tirante, muy tirante sujetaba unas colas a cada lado de mi cabeza. Tanto tiraba, que al quitar las cintas que sujetaban mis coletas, luego, sentía un dolor punzante en la cabeza. Arreglada y perfumada salía de la casa. En la puerta dentro de un coche muy grande y muy bonito, me esperaba tío Raúl.

-¿No besas a tu tío? Me decía con una sonrisita.

Obediente besaba su rostro y un olor a naftalina se me agarraba a la garganta provocándome una arcada, que yo, aun siendo niña, resistía.

A tío Raúl le gustaba deshacer los lazos de mi pelo. Sujetaba un extremo y muy suave daba un tironcito y la cinta de seda se dejaba caer sobre mi regazo.

Él comenzaba así su juego y yo me sentía fuera de él. Siempre me sentí fuera de él.

*Consuelo Galiano Santiago*